

EL BOTONES

Por VICENTE SANCHO

ESTOY despierto, en la cama. Ladeo un poco la cabeza y miro las manecillas fosforescentes del reloj. Su tic-tac domina la habitación. Veo que son las siete menos unos segundos. Saco el brazo y espero con la mano en el aire, sobre el botón. A las siete suena la campana y yo la ahogo inmediatamente. Así todas las mañanas. Pienso si no me hará falta, realmente, el despertador. Siempre me despierto antes de que suene. Pero seguiré con él; me da la seguridad de que me despertará a mi hora.

No deja de ser pesado levantarse tan temprano. Hace unos años, cuando todavía estudiaba en San Isidro, me levantaba más tarde y era todo más agradable. Pero duró poco aquello. Hasta los catorce años. Entonces mi madre me consiguió lo del Ministerio. Fue por medio de su jefe, que es un señor muy poderoso. Al principio me sentí rebajado y humillado. Habíamos vivido muy bien, con dos criadas y coche, y todo. Incluso, todavía duró algo aquello, gracias a los ahorros que teníamos, aun después del proceso. Por eso yo me consideraba un señorito. Y por eso me sentí muy mal tener que ganarme la vida como botones en un Ministerio. Ahora, después de tres años, ya me parece lo más natural, y estoy a gusto.

Bueno. Por fin, me levanto. Sin prisas. En el Ministerio se entra a las ocho y media, aunque los ordenanzas debemos estar allí un poco antes. Levanto la persiana y entra el sol rasante del nuevo día en mis ojos, haciéndome daño en las retinas y obligándome a cerrarlos. Abro la persiana y siento el frescor de la mañana. Ya se acerca el buen tiempo y todo empieza a ser más alegre.

Salgo al pasillo. Oigo a mi madre lavarse rápida y activa en el cuarto de baño. Sabe que tengo que entrar y se da prisa. Aunque ella no tiene trabajo por las mañanas —sólo por las tardes—, se levanta pronto para prepararme el desayuno y el bocadillo. Por las tardes va a casa de su jefe, que es un abogado muy famoso, y le hace de secretaria. A veces tienen trabajo hasta muy tarde, pero le paga muy bien. Gracias a eso hemos podido vivir estos años pasados... y seguimos viviendo. Claro que yo apporto algo, pero es bien poco, verdaderamente. A ver si puedo sacar las oposiciones de auxiliares, y dejo de ser botones...

Sale mi madre del cuarto de baño. Nos saludamos escuetamente, en voz baja, para no despertar a mi padre.

—Hola, hijo.

—Hola, mamá.

Mientras me lavo oigo a mi padre toser, a través de los blancos azulejos. Duerme en la habitación de al lado. Tose mucho. Sin duda ya le hemos desper-

tado. Se despierta a la menor cosa. Pero no protesta. Algunas veces tose durante toda la noche, y entonces nadie duerme en la casa. Mi madre duerme en otra habitación, y sé que también le escucha toser. Es algo que ha cogido «allí» y que ya lo tendrá siempre.

Termino de lavarme y secarme, y voy al comedor. Mi madre me ha puesto un tazón de café con leche y unas galletas. Me tomo todo ello contemplando al tiempo los pequeños cuadros que hay en la pared, frente a mí. Veo un retrato de mi padre, en otro tiempo, sujetando con mano firme un perro dálmata que teníamos, un perro precioso que luego tuvimos que vender. Ahí, mi padre estaba fuerte y lustroso. Sonriente. Ahora, hace dos meses que está con nosotros y no le he visto sonreír. Está flaco, ajado, con las mejillas hundidas. No sonríe, ni habla mal ni bien de nada ni de nadie. Parece querer olvidar. Los domingos le veo en casa, dando vueltas por las habitaciones, indiferente, ido. Hace dos meses del indulto, y sigue igual que el primer día. Llegó a casa y le abrazamos. «Abraza a tu padre», me dijo mi madre. Yo casi no le conocía. Ella lloró un ratito. El no lloró, y habló poco. Parecía como ausente. Y aún sigue así. Se levanta tarde, muchos días los deja pasar sin afeitarse, no oye la radio ni quiere leer el periódico. Pasen en zapatillas por la casa, despacio. Y, luego, se sienta en una butaca, frente al balcón, los ojos fijos en el cielo...

Mientras me visto, mi madre me pone el bocadillo dentro de mi cartera de mano, de plástico imitando cocodrilo, junto a los temas de la oposición. No tengo más que cogerla y salir, procurando no dar portazo.

En la calle hace un poco de fresco. Pero es que voy a cuerpo y por eso. Lo que veo debería tener un aspecto sórdido y triste... si no fuera porque el cielo está despejado y todo tiene un sello alegre y optimista. Hasta los carros de la basura parecen negocios importantes. ¡Y lo son, qué demonio! Y la mujer que va en el carro, y vacía los cubos en él con sus manos enguantadas, hasta parece guspa. Y el caballo no está tan sucio como pudiera decirse. Y veo a las criadas, a las viejas, a las jóvenes criadas, con sus junquillos repletos de churros que han de comerse los señores. Y van alegres, pizpiretas, aunque algunas sin peinar, sonriendo al escuchar los piropos de los repartidores de leche, de los menstruales, de los dependientes, de unos y de otros...

Y vuelvo a recordar, vagamente, cuando teníamos dos criadas, y traían churros para mí, y no tenía que madrugar, todo ello mucho antes de «lo» de mi padre...

Me paro ante una librería. Siempre lo hago, no sé por qué. Será que siem-

GRAN PREMIO "TRIUNFO"



pre llevo tiempo de sobra. Será que me atraen los libros. Me gusta leer, y cuando me paro a ver libros pienso que me gustaría comprar aquél, y aquel otro, y éste de aquí... Claro, tonterías, porque no hay dinero para eso. Pero lo pienso, de todas formas. Quizá, si saco las de auxiliares... Entonces, si las sacara, me compraría por lo menos un libro al mes, e iría formando una librería. ¿De dónde me vendrá este gusto? Mi madre no lee casi nunca. Es en todo una mujer eminentemente práctica, y no lee. Entonces, ¿será por mi padre? Antes mi madre me hablaba de él, de que había sido un hombre muy idealista, siempre rodeado de libros extraños, que le llenaban la cabeza de ideas ambiguas y perturbadoras. Por eso ella tiene horror a las lecturas y sólo me deja leer los temas de la oposición...

En la boca del Metro ya me está esperando la revendedora de billetes. Bueno, no es que me esté esperando expresamente a mí, claro está, pero sí que me conoce de todos los días que le compro el billete. Es una boca de Metro para todo un barrio grande y populoso, y se forman colas enormes. La revendedora de billetes también vende tabaco. Y a veces le compro una cajetilla de rubio, para fumar en el Ministerio cuando estudio los temas, y con los amigos. Mi madre sabe que fumo, pero no dice nada. Al fin y al cabo, soy el hombre de la casa. (Bueno, ahora que está mi padre con nosotros, claro, ya no...)

Me guardo los cigarrillos y bajo la escalera. A medida que bajo me azota una tufarada de aire enrarecido que me hace contener la respiración. Me pican el billete. Sé ya, al oír el pitido ronco de un tren, si es el de mi línea o no. Si lo es, entonces corro para no tener que esperar. Y entro en el vagón como una tromba. Yo no quisiera entrar tan brutalmente, pero me ayudan otros que vienen tras de mí, y cuyas caras ya me son familiares de verlas a diario. Todos empujan a todos y entramos, al fin, riéndonos de la ley de la impenetrabilidad de los cuerpos. Es una ley que no reza en el Metro.

Caigo justo, cuerpo con cuerpo, al lado de una muchacha que también va a su trabajo todos los días a la misma hora que yo. Es una chica bonita. Y debe estar acostumbrada a las apreturas de las horas punta porque no pone mala cara. La miro y me mira, y los dos respiramos, como disculpándonos mutuamente las molestias. Yo coloco las manos a la altura de las solapas de mi chaqueta. No quiero que la chica piense que si las dejo debajo es por sentir su cuerpo. Yo soy muy corto para esas cosas. Así que, con algún esfuerzo, elevo mis manos y me agarro las solapas. Miro a la muchacha y no sé si adivinar en su expresión agradecimiento o decepción. Cualquiera sabe...

Me bajo en Sol y luego voy andando hasta el Ministerio, que está cerca. Son las ocho y veinte minutos. Entro y saludo al portero mayor que, naturalmente, es mi jefe inmediato.

—Buenos días, don Feliciano.
—Hola, chaval.

Es un hombre ya a punto de jubilarse, según creo. Tiene la voz muy cascada y profunda, de haber bebido en su vida mucho aguardiente en ayunas.

—Lo mejor para limpiar el estómago y poner el cuerpo a punto, sin duda alguna, es un chupito de aguardiente por la mañana temprano, en ayunas —suele decir a menudo.

Por lo demás, no hace gran cosa. Siempre está sentado, tras de la pequeña mesa de la entrada, menos cuando se levanta al paso de algún jefeazo. Todo lo hacemos los demás ordenanzas, en especial los pequeños como yo. Somos cinco botones, ninguno mayor de diecisiete años. En realidad, no hacemos casi nada. Los funcionarios son buenas gentes, sólo preocupados por la nómina, las gratificaciones, los ascensos y los permisos, y suelen mandar poco. Tampoco ellos trabajan mucho, y por eso. A veces nos mandan algo, pero no se les hace mucho caso, y entonces desisten. Están bien acostumbrados, ésa es la verdad.

Saco el llavín y abro mi taquilla. Cambio mi chaqueta corriente por la

de ordenanza. Es cruzada, con un galón dorado en los puños, y botones también dorados, en dos filas. Es azul oscura y me hace un poco más delgado, pero me está bien. En general, estoy a gusto con mi empleo. Para qué añorar glorias pasadas. Yo soy como cualquiera de mis compañeros, y eso es todo. Nos llevamos bien, hay poco que hacer y buen trato. Tengo un montón de momentos libres y puedo estudiar. Por ejemplo, ahora: saco los temas de la cartera y me voy a mi rincón. Repaso la Legislación, que la tengo un poco floja.

—Tema III. El Estado español.—España, como unidad política, es un Estado católico, social y representativo, que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino...

Invariablemente, todos los días pasa ante mí don Javier, un funcionario viejo, algo achacoso ya, que me da una palmada en un hombro y me dice:

—¡Ánimo, chaval, aprieta los codos!... Mémete en el Estado, muchacho, y riéte del mundo. No ganarás mucho, pero es una renta segura y, además, se trabaja poco...

Y así todos los días. Me ha llegado a convencer, naturalmente, y estoy dispuesto a sacar la oposición. Además, el jefe de mi madre, que es muy influyente y es el que me ha colocado de ordenanza, le ha dicho que me va a recomendar al Tribunal. Porque, aunque uno valga, siempre hay que llevar recomendación, ya se sabe. Desde luego, podemos estar agradecidos a este señor tan poderoso. Gracias a él hemos vivido estos años mi madre y yo, cuando nos vimos en la calle y mucha gente nos negó el saludo. Pero este señor le dio empleo a mi madre, y me ha colocado a mí. Creo que antes de «todo» era amigo de mi padre. Los dos abogados, y los dos famosos. Creo que tenían mucha amistad. Y, en la ocasión, ha sabido portarse. Claro que mi madre trabaja duro con él. Debe tener muchos asuntos —como es tan importante— y eso obliga a mi madre a estar la tarde entera trabajando con él. A veces ha vuelto casi de madrugada.

Esto era frecuente antes de volver mi padre. Ahora ya lo es menos. Cuando mi madre viene tarde, mi padre abandona entonces su indiferencia y la mira de un modo glacial. Sólo una vez les oí discutir al poco de su vuelta, y fue por esto. Yo estaba en mi cuarto. Mi padre dijo:

—¿Te paga horas extraordinarias?
—Sí, ¿qué pasa? —contestó mi madre, duramente.

—Pero, sin duda, no te las paga lo suficiente... ese cerdo —insistió mi padre.

—¿Te parece poco lo que ha hecho por tu hijo y por mí, en todos estos años?

Mi padre, entonces, dio un golpe sobre el mueble; sobre la mesa, seguramente.

—¡Es que esa clase de horas extraordinarias se pagan mucho mejor!

Después de un corto silencio, mi madre dijo:

—No es mía toda la culpa, ¿no?

Yo hice ruido en mi cuarto y se cortó la discusión. Aquella noche no cenó mi padre. Y durante la madrugada estuvo tosiendo y tosiendo, terriblemente. Siempre le pasa eso. En cuanto no come le da por toser. Será por debilidad. No es muy a menudo, pero sí a veces. Ante el menor disgusto, ya no come. Se pone melancólico, y no come. Debe ser un hombre muy sensible.

Me da pena, mi padre. Yo no quisiera tener ese sentimiento. Quisiera tener otros muy distintos: estar orgulloso de él, admirarlo... Pero no es así. Ni siquiera sé la razón de su situación. Nunca mi madre me ha querido explicar... Y nunca delante de él hablamos para nada de estas cosas. Son algo tabú en la casa...

Bueno, voy a repasar otra vez el tema III porque se me va el santo al cielo y no hago nada. Lo importante es meter la cabeza en el Estado. Lo demás ya se arreglará, sin duda. Algún día se olvidarán esas cosas y todo volverá a la normalidad... Seguro.

—Veamos: España es un Estado católico, social y...

(Ilustraciones de ORTIZ VALIENTE)